

Constantino, que nada de ello sabía, y á quien por mucho tiempo se ha creído injustamente fautor de la sangrienta catástrofe. Acudió temblando, creyendo que corría riesgo toda su familia. Halló á su hermano entregado á la desesperación, y supo entonces lo que acababa de suceder. El conde Pahlen había encargado á una dama de palacio muy querida de la emperatriz que pasase á verla y anunciarle su trágica viudez. Corrió la princesa apresuradamente á la habitación de su esposo é intentó penetrar hasta el lecho mortuorio; pero los guardias se lo impidieron. Recobrada un instante de su primera aflicción, sintió germinar en su corazón con los afectos dolorosos los estímulos de la ambición; se acordó de Catalina y quiso también reinar. Envió á varias personas á decir á Alejandro, á quien se disponían á proclamar, que el trono le pertenecía á ella y que era ella y no él la que debía ser proclamada: ¡nueva confusión y angustia para el desgarrado corazón de aquel hijo que, próximo á poner el pie en las gradas del trono, tenía que pasar por entre el cadáver de un padre asesinado y una madre desolada que reclamaba alternativamente ó su esposo ó la corona! Pasó la noche en aquellas terribles convulsiones; quebraba ya el día, y era preciso no dar tiempo á la reflexión; importaba que al recibirse la noticia de la muerte de Pablo se supiese al mismo tiempo el advenimiento de su sucesor. Acercóse el conde Pahlen al joven príncipe y le dijo: «Basta ya de llorar como un niño; disponese á reinar.» Le sacó de aquella mansión de dolor, y seguido por Benningsen, le presentó á las tropas. El primer regimiento que encontraron fué el de Preobrajensky, que se manifestó frío por el afecto que profesaba á Pablo I; pero los demás, adictos al gran duque y obedientes por otra parte al conde Pahlen, que ejercía gran influjo y ascendiente en el ejército, no vacilaron en dar el grito de ¡viva Alejandro! Cundió su ejemplo, y en breve quedó proclamado el emperador y posesionado del trono. Regresó á su habitación y se trasladó con su esposa la emperatriz Isabel al palacio de invierno.

Todos supieron con espanto en San Petersburgo aquella sangrienta catástrofe; la impresión, la sensación que produjo, demostró que ya empezaban á variar las costumbres en el imperio, y que desde 1762 habían fructificado en Rusia los ejemplos de la Europa culta. Justo es decir en honor suyo que si distaba ya mucho de 1762, aún más dista hoy del año de 1800. Toda la población experimentó una noble pesadumbre, pues aun cuando se temía á Pablo I, é inspiraba recelos su demencia, pocos eran los que le aborrecían porque no era sanguinario. Las horribles circunstancias de su muerte se propagaron al momento y causaron profunda compasión. Su cadáver fué expuesto al público según costumbre, pero con infinitas precauciones para que no se viesen sus heridas. Pusiéronle guantes de uniforme para ocultar las mutilaciones de sus manos, y cubrieron su cabeza con un gran sombrero; su rostro estaba acardenalado, pero se hizo cundir la voz de que había muerto de apoplejía.

Aquella bárbara escena causó en Europa un efecto extraordinario; propagóse con la rapidez del relámpago á Viena, Berlín, Londres y París, donde produjo horror y espanto. Hacía algunos años era París el que aterraba al mundo con el asesinato de sus reyes; pero ahora

ofrecía sólo el espectáculo del orden, de la humanidad y de la calma, y las antiguas monarquías eran las que á su vez causaban el escándalo del universo civilizado. Un año antes el trono de Nápoles se había teñido con la sangre de sus vasallos; ahora una conspiración palaciega ensangrentaba el trono imperial de Rusia.

Así, pues, en este siglo agitado todos eran sucesivamente llamados á servir de triste escarmiento y á suministrar las más deplorables armas á sus enemigos. Ciertamente que si las naciones quieren ultrajarse unas á otras, no les faltarán en la historia borrones que echarse en cara; pero abstengámonos de suscitar semejantes recuerdos para semejante uso. Sólo referiremos estos horrendos pormenores, porque la verdad es el primer deber de la historia, y es además la lección más útil, más poderosa y más capaz de atajar la repetición de escenas como aquella. No queremos ofender á nación ninguna, pero séanos lícito repetir que la culpa suele estar más en las instituciones que en los hombres, y que si en San Petersburgo se asesinaba en aquella época á un emperador para producir un cambio político, en Londres, por el contrario, sin catástrofe sangrienta sucedió la política de la paz á la política de la guerra por la mera substitución de Mr. Addington á Mr. Pitt.

Los pormenores de aquella catástrofe llegaron á ser públicos por la indiscreción de los mismos asesinos; especialmente en Berlín, cuya corte estaba en íntimas relaciones con la de San Petersburgo, se divulgaron todos los detalles con singular profusión. Vivía allí refugiada la hermana de los Soubow y hubo quien creyó notar en ella cierta inquietud y turbación como de persona que espera algún grave acontecimiento. Tenía ésta un hijo, que era el mismo oficial á quien se comisionó para anunciar en Prusia el nuevo reinado, y este joven, con la indiscreción propia de su edad, refirió parte de los hechos, y produjo en Potsdam un escándalo que indignó al joven y virtuoso rey de Prusia. La corte censuró su imprudente conducta, y aun le amonestó á reformarla; pero esto dió origen á una grave y sensible calumnia. La referida hermana de los Subow tenía relaciones amistosas con el embajador de Inglaterra, lord Withworth, que figuró poco tiempo después en París, donde hizo un papel considerable. La muerte del emperador Pablo era tan útil á los ingleses, y ocurría tan á tiempo para acabar la victoria incompleta de Copenhague, que el vulgo de Europa atribuyó con fácil malignidad el crimen á la política de la Gran Bretaña. Con semejante idea las relaciones del embajador inglés con una familia tan gravemente comprometida con el asesinato de Pablo, no podía menos de aumentar las sospechas que corroboraban aquella calumnia y suministrar nuevos argumentos á los que siempre buscan en los sucesos las causas menos comunes y naturales.

Sin embargo, ninguna de estas conjeturas era fundada. Lord Withworth era un hombre de probidad, incapaz de mezclarse en atentados de aquella especie; su gabinete había cometido actos indisculpables en los dos últimos años, y cometió después otros todavía más injuriosos; pero la muerte del zar le cogió tan de sorpresa como al resto de la Europa. No obstante, el primer cónsul, á pesar de la elevada imparcialidad de su recto discurso, no dejó de concebir algunas sospechas, y dió margen á suscitarlas en otros por el modo con que

anunció en el *Monitor* la muerte del emperador Pablo. «A la historia toca, decía el diario oficial, aclarar el misterio de esta muerte trágica, y descubrir cuál es en el mundo la política interesada en provocar semejante catástrofe.»

Aquella muerte libraba á la Inglaterra de un implacable enemigo, y privaba al primer cónsul de un aliado poderoso, si bien molesto, y que en sus últimos días había llegado á ser tan peligroso como útil. Es indudable que en el delirio de su orgullo el emperador difunto, creyendo que el primer cónsul no podía rehusarle cosa alguna en trueque de su alianza, había exigido condiciones respecto á Italia, Alemania y Egipto, que la Francia no hubiera podido admitir jamás, y que tal vez producirían grandes inconvenientes para la paz que despuntaba ya por todas partes. Echó mano el primer cónsul de su predilecto edecán Duroc, enviado en otras ocasiones á Berlín y á Viena, para que pasase inmediatamente á Rusia. Mandóle ir á San Petersburgo con una carta escrita de su puño felicitando al nuevo emperador, halagándole astutamente con las poderosas lisonjas de un hombre grande, y procurando, si posible era, reducirle á intentos favorables respecto á las relaciones de Francia con Rusia.

Partió Duroc sin perder tiempo con orden de pasar por Berlín; debía visitar por segunda vez la corte de Prusia, tomar las noticias más exactas sobre los últimos acontecimientos ocurridos en el Norte, y trasladarse luego á San Petersburgo bien instruido y predisuelto acerca de las cosas y de los hombres que iba á ver.

La Inglaterra, como era natural, pareció muy satisfecha al saber á un mismo tiempo la victoria de Copenhague y la muerte del temible adversario que había suscitado contra ella la liga de los neutrales. Se celebró al héroe británico, al intrépido Nelson, con un entusiasmo muy legítimo, porque hacen muy bien las naciones en celebrar y aun en exagerar sus triunfos, en los impulsos del público regocijo. Sin embargo, pasado el primer entusiasmo y serenados un tanto los ánimos, se juzgó mejor sobre la supuesta victoria de Copenhague. El Sund, se decía, era muy fácil de atravesar: el ataque de Copenhague en un paso estrecho en que los navíos ingleses no podían moverse sino con gran peligro, había sido un acto atrevido y digno del vencedor de Aboukir. Pero la escuadra inglesa se había retirado terriblemente destrozada, y quizás hubiera sucumbido, á no ser por la excesiva premura del príncipe real de Dinamarca en acceder á las proposiciones del parlamentario de Nelson; por consiguiente, la victoria y la derrota se habían balanceado, y además el fruto que se conseguía no era de grande importancia, puesto que sólo se obtenía de los daneses un mero armisticio, después del cual había que renovar la lucha. Si no hubiera muerto el emperador Pablo, grandes y terribles contingencias hubiera presentado la campaña que tenía de continuar la escuadra inglesa en un mar cerrado, donde no podía tocar en ninguna costa, y cuya entrada hubiera podido obstruírsele para siempre; pero el golpe que acababan de recibir los porteros del Báltico, esto es, los dinamarqueses, era decisivo, pues no vivía ya Pablo para recoger el guante y continuar la liza. Esta era una prueba más que añadir á las mil que ofrece la historia, de que la fortuna favorece en este mundo á la

osadía, sobre todo cuando hay destreza suficiente para dar el golpe.

Al punto trataron los ingleses de aprovechar aquel feliz cambio de reinado para ceder en la rigidez de sus máximas sobre el derecho marítimo, y conseguir una transacción honrosa con la Rusia, y después con las demás potencias. Conocían el carácter apacible y bondadoso del joven príncipe que ascendía al trono de Rusia, pues hasta se le reputaba un tanto débil, y se lisonjaban de haber recobrado grande ascendiente en San Petersburgo. Enviaron, pues, á aquella capital á lord Saint-Helens con los poderes necesarios para negociar un convenio, y Mr. de Woronzoff, embajador de Rusia cerca de Jorge III, enteramente parcial de la política inglesa, que se dejó secuestrar sus bienes por no salir de Londres, donde habitualmente residía, fué invitado á presentarse allí de oficio, lo que inmediatamente ejecutó. Quedaron en libertad los buques de los neutrales detenidos en los puertos ingleses; Nelson por orden de su gobierno prosiguió cruzando pacíficamente el Báltico, y recibió encargo de declarar á los gabinetes del Norte que se abstendría de toda hostilidad mientras no enviasen al mar sus escuadras de guerra, en cuyo caso los trataría como enemigos; que si por el contrario permanecían en sus respectivos puertos, y no efectuaban su reunión anunciada de mucho tiempo atrás con la escuadra danesa, suspendería todo acto hostil contra las costas de Dinamarca, Suecia y Rusia, dejaría pasar los buques mercantes de estas potencias, y quedarían restablecidas las relaciones como antes del rompimiento.

El golpe dado á Copenhague produjo desgraciadamente su efecto. Las potencias neutrales inferiores, como Dinamarca y Suecia, aunque muy irritadas por su parte contra Inglaterra, sólo habían entrado en la liga bajo el influjo casi amenazador de Pablo I. La Prusia, que miraba sus intereses marítimos como secundarios, que más que todo deseaba la paz, y que sólo había tomado parte en la contienda hostigada por Pablo I y por el primer cónsul, se veía con júbilo libre de aquel apurado trance. Como todas las demás estaba dispuesta á acceder al restablecimiento de las relaciones comerciales.

Presto poblaron nuevamente el Báltico los buques mercantes ingleses, suecos, daneses y rusos, y recobró la navegación su actividad acostumbrada. Nelson lo toleraba tomando en las costas del Norte los refrescos que necesitaba, y todos aceptaron universalmente este estado de armisticio. El gabinete dirigido por el conde Pahlen, sin someterse á la influencia inglesa, se mostró dispuesto á terminar la contienda marítima con una transacción que asegurase hasta cierto punto los derechos de los neutrales. Anunció que recibiría á lord Saint-Helens, y ya había autorizado á Mr. de Woronzoff para que regresase á Londres. Dinamarca envió á Inglaterra á Mr. de Bernstoff.

El primer cónsul, que con grande arte había tramado aquella formidable coalición contra la Gran Bretaña, fundada por otra parte en el interés de todas las naciones marítimas, la vió con pesar abandonada por la debilidad de los confederados. Trató de echarles en cara la precipitación con que se habían retirado, pero cada cual disculpaba su conducta con la de sus vecinos. La Dinamarca, justamente enorgullecida con la sangrienta

batalla de Copenhague, decía que ella por su parte había cumplido, y que á las demás naciones era á quienes tocaba llenar su encargo. La Suecia se declaraba dispuesta á combatir; pero añadía que mientras el pabellón danés, el prusiano, y sobre todo el ruso, recorriesen los mares, no acertaba por qué razón se había de privar á sus súbditos de las ventajas del comercio. La Prusia alegaba por disculpa de su inacción el cambio ocurrido en San Petersburgo, fuera de que hacía al gabinete francés las más reiteradas protestas de constancia y de firmeza. Decía que sólo resaltaría su perseverancia cuando fuera preciso concluir una negociación y fijar definitivamente los artículos del derecho marítimo. La Rusia fingía no abandonar los derechos neutrales, y pretendía solamente poner término á unas hostilidades declaradas sin motivos suficientes.

El primer cónsul, que quería cuando menos retardar todo lo posible la avenencia de la Prusia con la Inglaterra, ideó un recurso muy ingenioso para prolongar la contienda. Conforme había ofrecido á Pablo la isla de Malta, ofreció ahora el Hannover á la Prusia. Sabido es que esta nación había ocupado dicha provincia, tan predilecta de Jorge III, como represalia de las violencias que el gobierno cometía respecto al pabellón neutral. Con repugnancia se había resuelto la Prusia á dar un paso tan grave, pero la secreta inclinación con que ha mirado siempre aquella provincia, para ella la más apetecida de todas, por ser la que más redondearía su territorio, contribuyó á decidirla, no obstante su deseo de paz y de reposo. Otros motivos contribuyeron también á lo mismo. Tenía una indemnización que reclamar en Alemania, por ser su rey del número de los príncipes seculares, á quienes debían darse compensaciones por sus pérdidas en la orilla izquierda del Rin, á causa de la secularización de los Estados eclesiásticos. Sus pretensiones eran desmedidas, y con la esperanza de que el primer cónsul las apoyaría, había querido contentarle, ocupando el Hannover. El general Bonaparte hizo inmediatamente que la ofreciesen que consentiría de grado, sin mostrarse celoso por su excesivo medro, á pesar de su proximidad á la Francia, en que conservase si lo deseaba el Hannover por vía de indemnización, aunque esta indemnización fuese diez veces superior á lo que se le debía. Esta proposición sedujo y turbó al mismo tiempo el corazón del joven monarca; por una parte la oferta era muy lisonjera, pero grande la dificultad que ofrecía, atendiendo el interés de la Inglaterra. No obstante, sin aceptar la proposición de una manera definitiva, respondió el gabinete de Berlín que el rey Federico Guillermo agradecía en el alma las favorables disposiciones del primer cónsul, que nada había determinado aún, que debía dejarse aquella importante cuestión territorial para cuando se negociase la paz general de Europa, y añadió que fundándose en el estado actual de las cosas, que era un armisticio tácitamente convenido sin estipulación formal, no dejaría aún de seguir ocupando el Hannover.

Tampoco necesitaba otra cosa el primer cónsul, que había arrojado de esta suerte entre las cortes de Londres y de Berlín la manzana de la discordia, y puesto en manos de una potencia que le era adicta una prenda preciosa de que podría sacar mucho partido en las negociaciones con Inglaterra.

Acercábase el momento de estas negociaciones. La Inglaterra se había apresurado á aprovechar la ocasión de templar el rigor de sus principios marítimos para conjurar el daño que la amagaba por el Norte; deseaba concluir de una vez, y conseguir la paz, no sólo con los neutrales, sino también con una potencia mucho más temible que ellos, que traía agitada la Europa hacia diez años y que empezaba á amenazar seriamente al territorio británico. Merced á la obstinación de Mr. Pitt y á la habilidad del general Bonaparte, se había visto un momento abandonada y sola contra el mundo todo; y libre de aquel apurado trance por una afortunada temeridad y por el favor de su feliz estrella, quedaba asaz escarmentada para meterse de nuevo por tales errores en tales conflictos. La Inglaterra fuera de esto podía tratar ahora con honor, y después de haber desperdiciado tan buenas coyunturas, no era prudente malograr la que de nuevo se le ofrecía. ¿A qué, decía la gente juiciosa de Inglaterra, á qué viene continuar la guerra? Somos dueños de todas las colonias que valían algo; la Francia ha vencido á todos los aliados que habíamos buscado; se ha engrandecido á costa suya, y ha llegado á ser la potencia más formidable del globo. Cuanto más se prolongue la guerra, más temible se irá haciendo, sobre todo con la conquista sucesiva del litoral europeo. Ha sometido á Holanda y á Nápoles y va á caer también sobre Portugal. No hay que darle más medros, obstinándose locamente en proseguir la guerra. Si ésta llevaba por objeto hace algunos años la conservación de los principios más saludables; si se combatía entonces por el orden social amenazado por la revolución francesa, hoy ya no es así, porque la Francia está dando los más relevantes ejemplos de orden y de prudencia. ¿Trataremos de restablecer los Borbones? Cabalmente fué ese el desacierto de Pitt y el yerro de su política; y si nos hemos privado de su poderosa influencia y de su gran talento, saquemos por lo menos la única ventaja posible de su separación, que es renunciar á ese espíritu rencoroso é inflexible que los hizo á él y al general Bonaparte escarnecerse mutuamente con los más imprudentes y groseros insultos.

Todos los hombres sensatos de Inglaterra deseaban, pues, la paz, y en el propio sentido se declaraban dos grandes poderes, el rey y el pueblo. El rey de Inglaterra, ese rey obstinado y devoto que negaba á Pitt la emancipación de los católicos, por no ser infiel á la causa del protestantismo, veía no obstante con satisfacción el restablecimiento del catolicismo en Francia que se anunciaba como muy próximo. Veía en él el triunfo de los principios religiosos, y con esto se contentaba. Aborrecía la revolución francesa, y aunque el general Bonaparte había causado terribles descalabros á la política inglesa, le agradecía infinitamente que se volviese contra la misma revolución, restaurando y tributando homenaje á los verdaderos principios sociales, porque reinando la tranquilidad y las sanas ideas en Francia, en esa Francia que poseía en grado más eminente la facultad de comunicar á todos los pueblos los sentimientos que en ella dominan, contemplaba el rey Jorge III como salvado el orden social en el universo. Si para Pitt había sido la guerra únicamente movida por ambición nacional, para el rey Jorge III había sido una lucha de principios; así, pues, quedaba hecho amigo de

Bonaparte, aunque á su manera, y no por el estilo de Pablo I. Curado del delirio que había paralizado su razón durante algunos meses, hallábase enteramente dispuesto á la paz, é incitaba á sus ministros á admitirla. El pueblo inglés, que se prenda de todo lo nuevo, miraba la paz con la Francia como la mayor de las novedades, pues hacía diez años que no cesaba la matanza en el mundo entero; atribuyendo principalmente la carestía que le aquejaba á la lucha sangrienta que desolaba la tierra y los mares, clamaba por reconciliarse con la Francia. Finalmente, el nuevo ministro Addington, que no podía aspirar á la gloria de Pitt, al cual era muy inferior en mérito, en nombradía y en importancia política, veía limitada toda su misión á hacer la paz. Apetecía, pues, y el mismo Pitt, que continuaba ejerciendo un poder absoluto en el parlamento, se la aconsejaba como necesaria. Los sucesos del Norte, lejos de exaltar el orgullo británico, le servían, por el contrario, como de pretexto cómodo y honroso para negociar. Hallábase ya resuelto á hacerlo desde el mismo día en que tomó su cargo, y se ratificó más en su propósito al saber lo ocurrido en Copenhague y en San Petersburgo. Y no contento con eso, tomó el partido de dirigirse abiertamente al primer cónsul por el mismo estilo que éste se había dirigido á la Inglaterra al subir al poder.

Lord Hawkesbury, que en el ministerio de Addington era secretario de Estado y Negocios extranjeros, mandó llamar á Mr. Otto. Desempeñaba éste en Londres, como ya hemos visto, una comisión diplomática relativa á los prisioneros, y seis meses antes había entendido en las negociaciones entabladas para el armisticio naval. Era por lo tanto el mediador natural en las nuevas comunicaciones que iban á entablar los dos gobiernos. Lord Hawkesbury dijo á Mr. Otto que el rey le había encargado de una comisión muy grata para él, que sin duda alguna produciría en Francia la misma complacencia que en Inglaterra, cual era la de proponer la paz. Declaró que S. M. estaba dispuesto á enviar un plenipotenciario á París, si así se deseaba, ó bien á cualquiera otra ciudad, al arbitrio del primer cónsul; y protestaba lord Hawkesbury que sólo iba á proponer condiciones honrosas para ambas partes, asegurando como en prueba de la franqueza de dicha reconciliación, que desde aquel mismo día reprobaría el gabinete británico toda trama dirigida contra el gobierno de Francia, esperando que la república francesa hiciese por su parte otro tanto.

Equivalía esto á desaprobar la política seguida hasta entonces por Mr. Pitt, que siempre se había mostrado propenso al restablecimiento de la casa de Borbón, y no había cesado de proteger las tentativas de los emigrados y de los vandeños. No podían abrirse más dignamente las negociaciones propuestas, y lord Hawkesbury insistió en que se le diese una pronta contestación.

El primer cónsul, que en aquel momento nada deseaba más que cumplir de lleno la promesa que había hecho á la nación de restituirla el orden y la paz, se conceptuó feliz por semejante solución, debida por decirlo así á sus triunfos y á la habilidad de su política. Admitió las invitaciones de la Inglaterra con la misma premura con que se le hacían, á pesar de que una negociación de mero aparato le parecía poco eficaz y asaz embarazosa. El recuerdo de la de lord Malmesbury en 1797, que se redujo á una vana demostración por parte de Mr. Pitt, le había dejado una impresión desagradable, y creía que si en Londres se procedía de buena fe, según parecían indicarlo las apariencias, bastaba entenderse directamente y sin ostentación por medio del ministerio de Negocios extranjeros, y tratar allí con franqueza y lisura de las condiciones de la paz. Él las contemplaba como muy sencillas si sinceramente se deseaba la avenencia, porque decía: «La Inglaterra ha conquistado la India, nosotros nos hemos apoderado del Egipto; si unos y otros nos convenimos en conservar estas pingües conquistas, lo demás es cosa de poca importancia. ¿Qué valen en efecto unas cuantas islas en las Antillas, ó en otra parte, que la Inglaterra nos ha usurpado, ó bien á nuestros aliados, para las vastas posesiones que hemos conquistado? ¿Podrá negarse á devolvérselas, una vez dueños del Hannover, cuando Portugal va á caer en nuestras manos y cuando le ofrecemos restituírle estos reinos en cambio de algunas islas de América? La paz es asequible con tal que se quiera, escribía á Mr. Otto. Le autorizo á usted para tratar, pero ha de ser directamente con lord Hawkesbury.

Enviáronse poderes á Mr. Otto con recomendación de no hacer nada público, de escribir lo menos posible, de tratarlo todo verbalmente y de no pasar notas sino sobre las cuestiones de mayor importancia. Era imposible que se pudiera tener semejante negociación enteramente oculta; pero el primer cónsul prescribió á Mr. Otto que exigiera y observara por su parte la mayor reserva sobre las cuestiones suscitadas y discutidas por ambas partes.

Aceptó lord Hawkesbury este modo de proceder en nombre del rey de Inglaterra, y se convino en que empezaran inmediatamente las conferencias en Londres entre él y Mr. Otto. Éstas comenzaron, en efecto, á principios del mes de abril de 1801 (mediados de germinal del año IX).

Cerca de diez y ocho meses habían transcurrido desde el 18 de brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799) hasta el mes de germinal del año IX (abril de 1801), y Francia, ya en paz con el continente y en trato franco y leal con Inglaterra, iba por fin á lograr por la vez primera después de diez años la pacificación general en mar y tierra, siendo su condición reconocida por todas las partes contratantes la conservación de nuestras gloriosas conquistas.